

Del “final de la vida” en el ámbito socio-sanitario a la era digital

Acogida y hospitalidad en Gabriel Marcel

Sandra RUIZ GROS

Universidad de Valencia

Introducción

En uno de sus conocidos libros, *Yo, Robot*¹, Isaac Asimov planteaba las que se conocen como las “Tres leyes de la robótica”. Asimov ya vislumbraba hace más de 60 años la necesidad de reflexionar sobre los límites de actuación que en un futuro se aplicarían a los robots. Ese futuro es ya nuestro presente, y tanto las tecnologías como las técnicas han avanzado a un ritmo más acelerado del que era de esperar no hace tanto. Por ello, el profesor de Filosofía en la Universidad de Warwick, Tom Sorrell, propone 6 nuevas leyes que deben cumplir los robots que han sido diseñados para que complementen, (no sustituyan) el trabajo de quienes asisten a personas mayores:²

- 1.- Autonomía
- 2.- Independencia
- 3.- Facilitadores
- 4.- Seguridad
- 5.- Privacidad
- 6.- Contacto social

¹ Asimov, Isaac., *Yo, robot*, Edhasa, Barcelona, 2009, p. 8

² Consultado el 15 de Agosto de 2014 en : <http://phys.org/news/2014-08-asimov-laws-robotics-supplemented-21st.html>

Como en casi todas las áreas, el cuidado ante el final de la vida también ha experimentado importantes avances proporcionados por investigaciones, hallazgos y descubrimientos. No obstante, no está todo resuelto. Sigue siendo necesaria la reflexión, la deliberación sobre el papel que puede desempeñar la era digital en la atención de aquellas personas que se encuentran próximas al final de su vida, qué posibilidades se pueden dar, qué riesgos o desventajas pueden aparecer y cómo se pueden hacer frente. Para ello nos aproximaremos al planteamiento de un filósofo y dramaturgo parisino, Gabriel Marcel, y veremos cómo algunas de sus principales líneas pensamiento pueden ayudarnos en esta búsqueda. En concreto conoceremos por una parte su visión de un *mundo roto* así como una de las posibles consecuencias del mal uso de la técnicas, *técnicas de envilecimiento*. Abordaremos su planteamiento de *desorbitación de la idea de función* y veremos que como consecuencia de esto que acabamos de ver, en el ámbito médico acaba produciéndose una *despersonalización de la medicina*, que muchas veces se ve agravada por la falta de equilibrio del uso que se hace de las técnicas en la era digital y por último veremos la respuesta para recomponer ese mundo roto y devolver la personalidad a la práctica médica a través de su *metafísica de la hospitalidad*.

Gabriel Marcel, maestro de figuras como Jean Paul Sartre, Nicolai Berdiaev o Pierre Boutroux coincide con Karl Jaspers, Martin Heidegger o Edith Stein, en que su biografía se sitúa entre el final de un siglo y el comienzo de otro totalmente diferente al anterior. Todos ellos son testigos, más o menos afortunados, de un giro histórico que hará que los cimientos que habían empezado a tambalearse tiempo atrás terminen por desmoronarse.

1.- Las piezas dispersas del mundo roto

Quienes conocieron personalmente a Marcel hablaban de una persona que dejaba ver una gran capacidad de reflexión y de una sensibilidad especial. Así le describió uno de sus más notables discípulos, Paul Ricoeur, quien dijo de su maestro en el prólogo de *Los hombres contra lo humano*, que Marcel respondió ante las situaciones más duras con una *lucidez alarmada y el repudio de la desesperanza*³.

Sus obras reflejan el testimonio de una persona que vivió de cerca la I Guerra Mundial como voluntario de Cruz Roja atendiendo a miles de desconocidos que preguntaban por su familiar desaparecido y que casi siempre obtienen la desgarradora respuesta de la confirmación de la muerte en el campo de batalla. También vivió con incertidumbre la II Guerra Mundial, así como gran parte de la Guerra Fría. Es una constante en sus obras la meditación a cerca de la perspectiva que se estaba forjando a raíz de los cambios históricos que estaba viviendo. Y lo describió con una expresión tan gráfica como la de *mundo roto*. Estas dos palabras puestas en boca de uno de sus personajes en la pieza de teatro que lleva el mismo nombre⁴ hacen referencia a un mundo en el que se deshacen los lazos familiares y el tejido de las comunidades, aquel en el que la humanidad es capaz de llegar a extremos fatídicos en los que se manipula, destruye y humilla a otros congéneres sin ningún remordimiento, en el que lo único que cuenta es lo productivo que un ser humano pueda ser, viéndose inevitablemente ligado a determinadas funciones. Aquí el dolor y el sufrimiento son vistos como errores de comportamiento que se solucionan con una terapia y donde definitivamente el sentido de la trascendencia o del misterio que nos rodea queda oculto.

³ Marcel, Gabriel, *Los hombres contra lo humano*, Caparrós Editores, Madrid, 2001, p. 11

⁴ Marcel, Gabriel, "El mundo roto", en: *De la negación a la invocación*. BAC, Madrid, 2002, pp. 27-44

2.- El objetivo de las técnicas para dañar: *técnicas de envilecimiento*

Los años siguientes a la II Guerra Mundial despertaron la conciencia de que los nuevos gobiernos que se estaban formando no eran todo lo claros que deberían ser, y advirtió del uso de lo que él mismo denominó *técnicas de envilecimiento*. ¿Significa esto que se oponía a las técnicas? ¿Estaba en contra de la sociedad que se estaba desarrollando en ese momento? ¿Cómo reflexionó sobre esto en sus obras? En primer lugar hemos de decir que no se opuso nunca al uso de las técnicas. Jamás presentó un discurso catastrofista, frío o de miedo. Tampoco apoyó una vuelta a los años más lejanos de la historia de la humanidad. Más bien es al contrario. Consideraba que cualquier disciplina que buscara el dominio de un objeto, no necesariamente material, como ocurre con la historia o la psicología también es una técnica, y en su opinión, la técnica posee por sí misma un aspecto positivo, *es buena, por cuanto introduce un principio de inteligibilidad en el desorden aparente de las cosas*.⁵

Sin embargo, las técnicas no están exentas de riesgos. Más bien deberíamos decir que en última instancia está en manos de los seres humanos el uso correcto o no que de ellas se haga. Por ello pierden este aspecto positivo cuando son vistas como aquello que definitivamente logrará vencer circunstancias difíciles o que pueden suponer un gran peligro para la humanidad. Es lo que sucede cuando los fenómenos de la naturaleza, determinadas enfermedades o la propia muerte son los principales objetivos a superar y derrotar mediante la aplicación de determinadas técnicas.

A su juicio, lo que se persigue con las técnicas de envilecimiento es humillar y degradar al sujeto, despojarlo de toda capacidad de respuesta. Aunque la persona puede ser educada y formada, esa figura acaba por desvanecerse. Va ganando terreno la masa, de la que sólo cabe el *amaestramiento*.⁶ El “tú” ahora se ve desplazado por el individuo anónimo, es ese “alguien” con el que se coincide en el metro, el ascensor o el pasillo de un hotel.

3.- El ser humano bajo el peso de la categoría de función

Siguiendo con la cuestión del uso de las técnicas es posible detectar una paradoja. Consideramos que el desarrollo de nuevas tecnologías está orientado a lograr nuevas técnicas que faciliten y hagan más cómoda la vida del ser humano. Liberado de incómodas cargas, deberíamos disfrutar de más tiempo libre, del contacto con quienes nos rodean, de encontrar nuevas perspectivas. Pero es al contrario. El ser humano se encuentra, a juicio de Marcel, bajo el yugo de la productividad. Si nos detenemos un poco, vemos que el individuo se ve condenado a ser un simple conjunto de funciones. Llegamos así a conocer la cuestión que hemos apuntado antes sobre la *desorbitación de la idea de función*.

Cualquiera de las actividades que lleva a cabo el ser humano, como son el sueño, el descanso o la comida, están reguladas y controladas, de manera que se eviten el desorden, el caos, la ruptura... Quizá lo más atroz es que incluso la muerte aparece aquí, desde un punto de vista objetivo y funcional, como la puesta fuera de uso, como lo inutilizable, como el desecho puro. Al mismo tiempo, comenzó a vislumbrar la postura nada optimista de la funcionarización y de la excesiva burocratización de las sociedades en las que vivimos. Desde su punto de vista, el ser humano se veía reducido a un ser que ha de cumplir unas funciones

⁵ Op., Cit., p. 53

⁶ Marcel, Gabriel, *Los hombres contra lo humano*, Caparrós Editores, Madrid, 2001, p. 23

determinadas, como comprar, comer o trabajar, y fuera de las cuales no cabe esperar nada más.

No es de extrañar que el individuo sea sometido a revisiones médicas cada cierto período de tiempo, y en el caso de que surja algún fallo, se reparará en la clínica, que será vista como un taller. Gabriel Marcel nos habla entonces de un mundo *funcionalizado*, de un mundo vacío, donde los individuos se sienten cada vez más alejados los unos de los otros, donde la mayor parte de las veces son considerados como simples especímenes. Además, a la idea de función va unida la de rendimiento. Esto implica que el ser humano es visto como un haz de funciones, como una máquina, perdiendo así cualquier atisbo de dignidad.

4.- La medicina orientada al rendimiento: despersonalización de la medicina

¿Qué decir del propio paciente? Tal y como advierte el mismo Marcel en su obra que acabamos de citar, *Los hombres contra lo humano*, si cualquier ser humano es visto bajo esa perspectiva, entonces hay que separarlo del resto cuando enferma ya que está por debajo del nivel de rendimiento. El sufrimiento, el dolor y la muerte son simples errores de funcionamiento de la maquinaria del cuerpo humano. No tiene sentido esperar una posible mejoría porque ante esta situación el paciente *cae por debajo de los gastos de mantenimiento y cuando ya no “vale” la reparación (es decir, el hospital) porque sería demasiado onerosa para el resultado que cabe esperar, es estrictamente lógico suprimirlo, como se envía a la chatarra un aparato o un automóvil en desuso, dispuestos a recuperar algunos elementos que aún pueden ser utilizados (...)*⁷

Para Marcel la cuestión radica en que aparentemente las vidas van adquiriendo más importancia en el día a día, aunque en realidad se van quedando vacías, van adquiriendo la forma peligrosa de la degradación. ¿De qué manera se puede degradar a otros si la técnica contribuye a avanzar, a mejorar, a superar desventajas? Podría decirse que *una práctica juzgada monstruosamente inhumana con todo derecho, como la eliminación metódica de los incurables, aparece desde este punto de vista como algo que responde a una lógica no sólo rigurosa sino irrefutable.*⁸

En un lúcido artículo que llevaba por título *Remarques sur la dépersonnalisation de la médecine*,⁹ Gabriel Marcel hablará de la consecuencia que se deriva cuando dos de los elementos de su pensamiento tales como la cuestión de la funcionarización y la burocratización se dan en la práctica médica. El resultado será lo que él mismo denominó *despersonalización de la actividad médica*.¹⁰ Esta es una también una cuestión que lejos de desaparecer, se hace más presente en el cuidado en la era digital.

Marcel tomó aquí como punto de partida la definición de la práctica médica de otro autor, Jean Rolin, quien la describió como el encuentro de dos hombres libres, bajo el signo de la confianza y la conciencia de que hay uno de ellos que pide ayuda y seguridad en un momento de angustia mientras que el segundo debe responder siempre desde la simpatía y su propio corazón. Pero, como señala Marcel, en realidad la asistencia sanitaria no es así, sino que ha caído en el peligroso principio de regirse por el modelo de Seguridad Social.

⁷ Op. Cit., pág., 137

⁸ Op., Cit., p. 78

⁹ Marcel, Gabriel, “Remarques sur la dépersonnalisation de la médecine” en *Qu’attendez-vous du médecin ?* Plon. Paris, 1953, pp. 17-28

¹⁰ Op. Cit., p. 24

Para poder comprender esto, Marcel pone como ejemplo la situación en la que nos encontramos cuando un técnico viene cada cierto período de tiempo para revisar la instalación eléctrica de la casa. Si es necesario, el empleado dará las indicaciones necesarias sobre las mejoras que se precisen. Aquí, de lo que se trata es de revisar un aparato para que cumpla las funciones para las que ha sido creado: satisfacer mis necesidades o facilitarme determinadas tareas, como por ejemplo poder cocinar, ducharme o comunicarme por teléfono. Pero el problema radica en que se ha trasladado esta visión al cuerpo humano, que es visto como una máquina que también ha de cumplir unas funciones. Cuando se estropea por ejemplo el teléfono o no tenemos luz, llamamos a un técnico, pedimos que venga alguien, una persona a la que posiblemente no conozcamos y no volvamos a ver. De este modo, si se acepta que no hay diferencia entre un aparato y un cuerpo, es inevitable que se acabe dando una despersonalización entre quien *verifica* y quien es *verificado*.

Para Marcel la medicina a la que está haciendo mención no puede olvidar en ningún momento que de lo que se trata es de *mi vida*. Porque lo que acaba sucediendo es que el paciente se encuentra yendo de un lado a otro o se ve sometido a una prueba seguida de otra, pero no puede confiar-se a quien lo está atendiendo, no puede haber una relación interpersonal. La enfermedad es una posibilidad más del ser humano de experimentar la vida, no un fallo en el funcionamiento de la maquinaria del cuerpo. Actuar de este modo conduce a una práctica médica despersonalizada, donde no hay responsabilidad alguna a asumir, porque la responsabilidad corresponde a las personas, no a los autómatas. ¿En qué consiste esa responsabilidad? ¿En exigir precisión y perfección al médico? ¿Que no cometa nunca ningún fallo? Nada de esto se encuentra en este artículo. La respuesta es un llamamiento urgente para recuperar un elemento clave, ya que no podemos olvidar nunca que depende de cómo en que *tratamos a los seres contribuye sin lugar a dudas a transformarlos, es decir, a elevarlos o bien a degradarlos. Pero justamente es el enfermo un ser, y sin duda también la enfermedad es en sí misma una forma de ser; no parece en modo alguno que sea reducible a un mal funcionamiento. Y lo que es del todo innegable es que en cualquier momento el enfermo puede tomar posición con respecto a su enfermedad.*¹¹

No sirve de nada ser alarmista y estar constantemente bajo el signo del miedo, pero sí se trata de estar alerta ante el avance de la burocratización, la funcionarización de la práctica médica o la despersonalización que se deriva de la falta de encuentro entre el personal sanitario y el paciente. Se trata igualmente de estar atentos a la postura de dejarlo todo en manos de las nuevas tecnologías, creyendo que por fin hemos alcanzado el modelo perfecto al que siempre se ha aspirado.

Cuando el personal sanitario es parte de un engranaje complejo, cuando es mayor el peso que se le da a las tecnologías, cuando el objetivo se centra en “reparar un gen defectuoso” o en “reordenar el comportamiento de determinadas células”, o “recomponer una estructura dañada que hasta entonces era imposible de hacer” pero no se trata a los pacientes como personas con una biografía, que cuentan con elementos que son importantes para reconstruir su vida desde la nueva perspectiva en la que están, entonces la medicina puede decir que ha vencido en una pequeña parte. Porque ha olvidado el todo, porque ha perdido de vista dos piezas fundamentales: la vocación de la quien atiende y la singularidad de quien es atendido.

Pero una vocación conlleva siempre riesgos que son inevitables y que no se pueden hacer desaparecer por el simple hecho de convertir la asistencia sanitaria en un rígido programa en el que todo esté calculado y medido con tiempo de antelación. Una medicina que se mueva en

¹¹ Op. Cit., p. 24

un entorno cuadrulado corta de raíz lo más preciado que la caracteriza y que es el don de sí. Si esta capacidad se relega al ámbito de lo funcionalizable, entonces acabará irremediabilmente esclerotizada.

No tiene sentido alguno demandar de los profesionales en este caso, por ejemplo, que muestren una amabilidad y un afecto forzados, no pueden estar sujetos a ningún protocolo que les obligue a mostrar siempre una sonrisa. Lo que queremos plantear es, como señala nuestro autor, que la vocación ha de estar siempre presente, que en muchas ocasiones no es posible curar, pero sí aliviar el sufrimiento con una mirada o un gesto amable.

5.- Una metafísica... de la hospitalidad

Metafísica de la hospitalidad. En este caso va unida a la presencia que también posee el carácter de misterio, como sucede con la presencia de un niño que duerme junto a un adulto. En esta situación el pequeño es lo más frágil y desarmado que está ante la otra persona. Pero por la misma razón que es tan vulnerable y aparece tan indefenso, es al mismo tiempo “sagrado”, “invulnerable”. No reconocer esto es la manifestación más irrefutable de cualquier forma de barbarie. Por ello, cuando se es capaz de reconocer esa fragilidad, se asientan las raíces de una *metafísica de la hospitalidad*.

El huésped, en todas las civilizaciones de un tipo determinado, y no necesariamente cristiano, siempre se ha considerado tanto más sagrado cuanto más débil y desprotegido. Me he referido a determinadas civilizaciones: aquellas que no están bajo el dominio de las ideas de eficacia y rendimiento. (...) En la medida en que las ideas de eficacia y rendimiento se tornan primordiales, se hace incomprensible e incluso parece absurda la actitud reverencial hacia el huésped, el herido, el enfermo; y sabemos perfectamente cómo toma forma actualmente en la práctica esa sensación de absurdo.¹²

Contrariamente a la hospitalidad, la indisponibilidad supone no ser capaz de responder a las llamadas de la vida y de los demás. Cuando se está ante un ser indisponible la sensación que aparece es la de no existir, la de ser rechazado. Por el contrario, la disponibilidad no significa en absoluto resolver los problemas de los más necesitados ni cargar con las situaciones difíciles de los otros. Tampoco posee para Marcel el mismo significado que se le da cuando hablamos de un local que está disponible, ya que dicha disponibilidad es más bien una actitud y una aptitud. Si la persona está atenta, será capaz de responder a la llamada que le lance la vida, y si responde, entonces está disponible. Es el único ser capaz de posicionarse frente a su vida y a la vida misma, de modo que no es sin más un ser vivo, sino que hace que se pueda afirmar sin lugar a dudas que la persona es vocación. Así, el ser disponible es aquel que es capaz de estar plenamente, con todos los sentidos, sin ninguna condición, junto a mí en los momentos en que lo necesito. Y también al contrario, soy una persona disponible cuando asumo que quien está junto a mí necesita en ese momento de mi ayuda, de mi colaboración o de que le transmita la seguridad de que estaré ahí, de que seré una presencia y no un objeto como acontece en el caso de la indisponibilidad.

¹² Marcel, Gabriel, *El Misterio del Ser*, BAC. Madrid, 2002, p.194

6.- Conclusiones

El ser humano es un ser que siempre está expuesto a la vulnerabilidad, propia o de otros, pero que además corre el riesgo de quedar atrapado en las coordenadas del rendimiento. Las técnicas ofrecen gran ayuda y la mayor parte de las veces brindan soluciones satisfactorias. Sin embargo, podemos correr el riesgo de creer que con ellas todo se puede superar, que las catástrofes naturales o retos que siempre han estado presentes pueden ser borrados sin esfuerzo. Esto, unido a la perspectiva del rendimiento propio del ser humano puede derivar en una confianza excesiva en las promesas de la era digital.

En el ámbito médico las consecuencias pueden ser nefastas al olvidar que el paciente es una persona, alguien con una biografía única, irreplicable, con unos valores propios. Sigue siendo el mismo ser humano, igual que durante siglos, quien ha de recorrer el camino de confrontar su vida y la muerte. Es innegable que la era digital contribuye a avanzar, a mejorar, a controlar los síntomas y a hacer menos complejas determinadas situaciones. Pero ello no significa que el sufrimiento, la fragilidad o la vulnerabilidad deban desaparecer de nuestro horizonte cotidiano. Ninguna máquina puede sustituir la importancia del cuidado. La calidez bien sea real o metafórica de una mano que sujeta, la palabra y la escucha atenta, la presencia y el silencio son propios del ser humano. Se trata de que el cuidado se vea complementado y mejorado por los avances de la era digital, nos sustituidos ni olvidados. Sigue dependiendo de nosotros conocer y descifrar el lenguaje simbólico verbal y no verbal, acompañar en el duelo y en el duelo, en la búsqueda de sentido, con independencia de si se alcanza o no, propio de cualquier persona.

Bibliografía

- Asimov, Isaac (2009), *Yo, robot*, Edhasa, Barcelona
- Domingo Moratalla, Agustín (2013), *El arte de cuidar. Atender, dialogar y responder*, Rialp, Madrid
- Domingo Moratalla, Tomás; Feito Grande, Lydia (2013), *Bioética narrativa*. Escolar y Mayo Editores, Madrid
- Marcel, Gabriel (1955), *Decadencia de la sabiduría*, Emecé, Buenos Aires
- (1967), *Dos discursos y un prólogo autobiográfico*, Herder, Barcelona
 - (2002), *El misterio del Ser*, BAC, Madrid
 - (2004), “El mundo roto” en: *De la negación a la invocación*, BAC, Madrid
 - (2005), *Homo Viator*, Sígueme, Salamanca
 - (2001), *Los hombres contra lo humano*, Caparrós Editores, Madrid
 - (1953), “Remarques sur la dépersonnalisation de la médecin” en: *Qu’attendez-vous de médecin?* Plon, Paris
- Ruiz Gros, Sandra (2009), “Humanización de la asistencia en pacientes ante el final de la vida” en: García Alandete, J; Gallego-Pérez, F., (coords.), *Adversidad, sentido y resiliencia*. Edicep, Valencia, pp.97-110

Tunstall , Dwayne (2009), “Struggling against the Specter of Dehumanization”: *Philosophy Today*, 53, pp. 147-160

Tsukada, Sumiyo (2011), “L’espérance face aux conceptions contemporaines de la vie et de la mort”, en: *Bulletin de l’association Présence de Gabriel Marcel*, pp. 51-58

Urabayen , Julia (2010), “El humanismo trágico de Gabriel Marcel: el ser humano en un mundo roto”: *Estudios Filosóficos*, 41, Universidad de Antioquia, 35-59.